



DEPARTMENT OF LANGUAGES, LITERATURES,
AND CULTURES

lunes, 09 de abril de 2012

Contesta a la carta del 8 de abril del 2012

Señora Mayra Beatriz Martínez, en su carta de repuesta a mi impugnación de su libro usted comienza criticándome los “insultos y adornos” de mi carta, sin embargo, titula su misiva “Vindicación a las convivencias de El viajero” como la famosa carta de Martí contra el Manufacturer, de Filadelfia, y al final de la misma hace referencia al lugar donde yo escribo, los Estados Unidos, como “ese pueblo rubio” donde hay buenos investigadores de la obra martiana (15).

Para empezar, rechazo esa grosera manipulación de Martí y el estereotipo racista de que éste es un pueblo “rubio”. Ni yo me encuentro en este país porque lo deseo, ni represento sus intereses como tan puerilmente trata el gobierno de Cuba –su gobierno- de hacerles creer. Tampoco en los EEUU, viven únicamente blancos rubios. Aquí hay también negros, asiáticos, nativos

americanos, cincuenta millones de hispanos y casi dos millones de cubanos que no son necesariamente blancos. No se trata tampoco de una confrontación entre el Norte rubio y la Cuba aguerrida y amenazada. No. Se trata de su libro, que repito, reproduce argumentos que yo había dicho antes que usted y usted se niega a reconocer. Estos artículos se publicaron en revistas académicas en la internet y en papel, y si usted tuvo acceso o no a ellos, yo nunca lo sabré porque no lo dice.

Por eso usted se defiende de la única forma que puede hacerlo: echándole la culpa a su ignorancia, tratando de probar que explora esas “aristas” en otros ensayos y descalificando cualquier investigación sobre el tema que haya sido escrita por un tercero. Usted comienza su carta diciendo: “cree que yo sigo su ‘obra’ y la realidad es muy distinta: no la conozco en absoluto” (p. 1). Así, lo leo de nuevo: “en absoluto”. Déjeme preguntarle entonces, ¿es que no leyó el artículo de Blanco que usted cita en la bibliografía de su libro? ¿No leyó allí mi nombre repetido 10 veces, con una explicación de mis ideas? Diez veces, ideas, ¿No me conoce en “absoluto”? Bueno, dejemos a un lado esa frase tan difícil de creer, y sigamos.

Usted asume que nosotros tenemos una paciencia de monje Benedictino, y nos indilga parrafada tras parrafada de mucha verborrea pero nada en concreto. Nada en que aparezca la fórmula que le di en mi carta: el Martí liberal-indígena es igual al Martí paternalista, asimilacionista, etnocéntrico; temeroso de los indígenas porque éstos iban en contra del proyecto liberal.

Nada en absoluto en sus escritos prueba esta tesis, y esa tesis es con la que usted ganó el Premio Carpentier de Ensayo 2011.

Pero usted recurre a otro artilugio para probar que yo no tengo razón en mis argumentos. Usted se refiere a un artículo de Pedro Pablo Rodríguez para decir que ya él había reparado en la mirada liberal del cubano a su paso por Guatemala, y cita también el libro de Jorge Ibarra (José Martí, dirigente e ideólogo revolucionario) para rematar.

El problema está en que la interpretación que ambos historiadores dan de esta problemática se queda en la primera parte de esa cadena de significados que he explicado, liberal-indígena, y no reparan en la mirada ni en las consecuencias desastrosas que esto acarreó para ellos, ni en la complicidad del cubano con este proyecto. No hablan de su paternalismo, ni de su intención asimilacionista y etnocéntrica. No lo critican por inferiorizar a los indígenas.

Según Jorge Ibarra, incluso, la identificación de Martí con las leyes que se promulgaron en 1877 era una forma positiva de “vincular el indio a la nación” y afirma que su único error fue creer en el poder de un gobierno civilista, de clase media, que le cerraba las puertas a otros elementos de la sociedad como eran los obreros (obrerros!) (39-43) una interpretación muy marxista-stalinista del pensamiento martiano, que como tantas otras nos han impuesto en Cuba durante medio siglo. Pedro Pablo Rodríguez, dice, en efecto, en su artículo de 1994, (“Guatemala: José Martí en el camino hacia nuestra América”) que el

cubano estaba a favor de la “disolución de la propiedad comunal indígena” – como usted dice- pero esto es muy diferente a decir que el gobierno los echó de sus tierras y se las vendió a extranjeros y empresarios deseosos de hacer dinero con el boom económico entre los cuales se encontraba el cubano.

Pedro Pablo Rodríguez sí reconoce que Martí ve en ellos gente “perezosa” pero aun cuando Martí está apoyando medidas de fuerza para sacarlos de sus terrenos, afirma que era tan “contrario a sus concepciones democráticas el despojo que sufrían los indios, que al final hace esa declaración final sobre el uso de la fuerza en función del bien” (228). En ningún momento lo ve como cómplice de esta medida.

En realidad a Pedro Pablo Rodríguez le interesan otras cosas en este ensayo que no son específicamente la situación del indígena guatemalteco. Está preocupado con la validez de la revolución liberal de Barrios, y con el apoyo de Martí a esa revolución de forma general. Entre otras cosas afirma que entre los “verdaderos logros” del gobierno de Barrios que Martí defendió estaban 1) el desarrollo de la agricultura, 2) la preocupación por la educación y 3) el interés por la incorporación de los indios a la comunidad nacional (215).

Esto es justamente lo que yo critico en mis artículos, y es la base de la política asimilacionista que instauró el gobierno de Barrios en Guatemala. Pero yo no lo veo como “grandes logros”. Lo veo como un gran crimen. Esa es la diferencia. Por eso le digo, yo no soy dueño de ninguna cita, pero si usted explica una de la

misma forma que lo hizo otro antes que usted, lo mínimo que se espera es que usted lo mencione.

Si no relea el ensayo de Pedro Pablo Rodríguez donde dice que a pesar de que el gobierno de Barrios era una dictadura fue “un elemento modernizador capitalista, **positivo** en la medida en que se enfrentó y le restó poder a los sectores sociales más arcaizantes, clericales y reaccionarios” (215) [el subrayado es mío].

Esta interpretación, que puede parecernos muy controversial, cae perfectamente dentro de la línea marxista-stalinista de Ibarra en la medida que la clase media, y la burguesía son los propulsores de la historia, ya que el marxismo al igual que el liberalismo aspiran al desarrollo económico, a la ilustración y la “integración” de las minorías étnicas en la comunidad nacional. La opinión de Jorge Ibarra y de Pedro Pablo Rodríguez entonces es la misma, y cito a Pedro Pablo Rodríguez:

Ibarra es de la opinión –que compartimos- que la situación guatemalteca reclamaba una dictadura revolucionaria, bien burguesa --como efectivamente ocurrió-- bien de las clases medias, y que la equivocación de Martí estaba en “aferrarse un poco dogmáticamente, a la concepción teórica de que el poder y las instituciones civiles de la democracia burguesa debían regir en las más diversas condiciones históricas. (226)

Es decir, los dos historiadores apoyan la “dictadura revolucionaria” de Barrios frente a las críticas posteriores de Martí que apoyaba las instituciones civiles. Ese fue su “equivocación” según creen. ¿Tengo que seguir?

No es mi objetivo escribir un ensayo sobre el artículo de Pedro Pablo Rodríguez. Lo cito únicamente porque usted lo trajo a colación y para decirle de nuevo que en ninguno de ellos aparece la tesis de mis ensayos y ahora de su libro. Poniendo a un lado entonces estos artículos, le repito que en ninguna de las largas parrafadas que usted cita, tanto ajenas como propias, en ninguno de los artículos que precedieron a su libro, usted llega a una conclusión similar o siquiera aproximada a la mía. No niego que usted haya abordado la relación de Martí con Guatemala antes de ahora. Lo que yo digo es que los ensayos suyos anteriores no tienen esta tesis sino una COMPLETAMENTE DIFERENTE.

En su artículo del 2003 a usted lo que le interesa probar es la forma en que Martí exalta la naturaleza, el “medioambiente”, el placer que siente el viajero por “describir aquellos entornos donde se ha respetado la cultura natural y por ende el entorno ecológico de espaldas a las exigencias del mercado capitalista” (359). En otras palabras, usted constata que Martí rechaza lo que usted llama los “entornos naturales alterados” y por eso, hablando de sus apuntes sobre Isla Mujeres, critica esa “civilización ajena, a imagen e interés de países europeos y de los Estados Unidos” (359).

Esta misma tesis, tan común de hallar en muchos ensayos en Cuba sobre el capitalismo-liberalismo del “Norte revuelto y brutal que nos desprecia” (la frase, por supuesto, es de Martí), se repite en sus conclusiones, cuando afirma que Martí va conformando un discurso de “resistencia ante el ‘otro’” y por ese ‘otro,’ no crea el lector que se refiere al indígena. No. Ese otro es nada menos que “la expansión del capitalismo industrial que amenazaba con cambiar naturaleza y hombre, es decir nuestra cultura americana generada al calor del proceso de adaptación del ‘hombre natural’ a su consustancial hábitat ecológico” (367).

Pero usted le da una vuelta al argumento para demostrar que ‘algo’ dijo. Por ejemplo, de este ensayo usted saca un fragmento y afirma: “[...] entonces se pregunta aun sin poder contestar ¿[...] ‘quienes son los dueños de la tierra? ¿Una raza canija, de vasta distancia entre el poder de idear y el de la voluntad, -entre el bello discurso y la bella acción?’” (p. 5).

¿Y usted me pide que yo interprete esa línea como “el resquemor martiano ante la posición pasiva de los indígenas”? (p.5). Eso realmente es pedirme que sea muy imaginativo, fíjese usted. Yo leo evidencias, no leo deseos. Pero si aún usted cree que esto es un “resquemor” de Martí, todavía no explica dónde dice que deben asimilarse a la cultura hegemónica, blanca y letrada. Eso vino mucho más tarde. Esa tesis no es del 2003.

En el 2003 yo sí cuestionaba el hecho de que Martí comparara al niño con el salvaje, ya que de esta forma caía “en la trampa del paternalismo europeo que al final es otra forma de racismo” (38). Allí mismo decía que “algo similar ocurre en

Ismaelillo. Otra vez el padre habla a través de un meta-discurso "por" el infante. El niño aparece asociado a lo "indio," al origen de la civilización árabe / americana" (39) y de esto deduzco que (y me cito porque de lo que se trata es de citar)

el libro se construye como una especie de arqueología de la niñez, donde ciertos valores y gustos quedan atados al infante e indirectamente a otras culturas exóticas y menos desarrolladas. Es una reflexión crítica sobre el origen, el inicio del cual el poeta adulto es el otro extremo. La suposición de que el niño y el salvaje compartían el mismo grado de desarrollo intelectual no termina con el siglo XIX, por el contrario, se prolonga hasta bien entrado el XX. En particular, el arte infantil y la vanguardia, que se dedica a recrear el arte primitivo nacen indisolublemente ligados. Se intentó pintar como un niño, se publicaron dibujos de párvulos, y todo esto según la crítica, era un ejemplo de arte salvaje. Esta es la estética detrás de los cuadros infantiles de Miró, Kandinsky, Klee y otros. De nuevo, el cuerpo servía como una forma de trazar el camino hacia el origen, de encontrar el sustrato que había quedado sedimentado en el hombre.

Estos son los individuos que la etnografía, la sociología, la filología y otras ciencias caracterizaron como primitivos o salvajes. Estos sujetos verán el mundo desde otra perspectiva, menos evolucionada, simple, y rústica, a como lo hacen ellos. Representan la otredad de la cual el poeta modernista es el centro, indivisible, inamovible y más desarrollado. La

figura del niño como salvaje forma parte de esa otredad, que le revela a su vez al poeta quien es. (39)¹

En cambio, usted en un ensayo tan tardío en la fecha que comentamos, el 2007, no tiene más que elogios para la reflexión de Martí sobre los “códigos nuevos” guatemaltecos. Se limita a hablar de la aplicación en América de “leyes caducas”, de la herencia colonial, del poder del hombre sobre la mujer, y más tarde alaba su crítica a los “burgueses ciudadanos” (350-51). En este artículo como en el anterior usted nota únicamente lo positivo. Dice que en el 2007 usted ya había reconocido que Martí apoyó medidas que iban en contra de los indígenas, pero el único artículo que da como evidencia es uno que se publicó en el 2009.

¿Cómo es posible entonces que de pronto usted cambie de opinión y vea en los ensayos de Martí un ejemplo de esa mirada capitalista que tanto rechaza, de un viajero ilustrado y liberal? Aclaro además que ninguno de estos artículos que cito usted los menciona en la bibliografía de su libro. Ellos no existen. ¿Por qué será? ¿No es lo que usted piensa hoy? ¿Será porque no es la tesis del libro?

Estoy seguro que todos estamos a tiempo de cambiar nuestro parecer, pero ¿qué fue lo que la hizo cambiar? Yo tengo mi idea, como le he explicado y de hecho usted me da la razón cuando dice que su artículo del 2007-2009, seguía una línea que yo llamo conservadora y completamente opuesta a la de usted hoy en día. Usted dice en su carta que en ese periodo:

“le confieso, yo me encontraba totalmente inmersa en el estudio de los valiosos trabajos del doctor Ivan Schulman en torno al discurso contra moderno –contra hegemónico- martiano; y es una huella muy evidente en aquella ponencia, que no niego” (p. 2).

Entonces, le repito, ¿qué la hizo cambiar? Yo se lo voy a decir: la internet, ese monstruo que le está vedado a la mayoría de los cubanos pero al que usted sí tiene libre acceso.

Para ser franco, yo esperaba que en su carta de respuesta usted me indicara exactamente dónde había dicho lo que dijo en este libro. En su lugar, usted cita las obras de Martí, cita páginas enteras de su libro, y además, cita artículos anteriores donde viene según dice “abordando de diversos modos esa arista” (p. 7). Por supuesto que dentro de ese “diversos modos” cabe una guagua entera a las cinco de la tarde en La Habana. Y dentro de esa guagua usted mete cosas que para nada tienen que ver con mi argumento y es que sus ideas –en la forma presente en que están- se publicaron después de las mías y no puede citar nada parecido anteriormente.

Su frustración es tanta que se contradice. Primero usted afirma (¿cómo negarlo?) que leyó el artículo de Blanco, incluso que discutió con él en Guatemala sobre este tema, y me dice: “no comprendo... que tenga que acudir a

su texto, señor Camacho, cuando no estoy aludiéndolo: en todo caso, usted es la fuente de Blanco, no la mía” (p. 3).

Después, me dice, “teniendo el conocimiento de estos autores [Lewis, Krotz, Dussel] no me ha hecho usted falta en absoluto” (p. 10).

Bueno, realmente después de estas dos explicaciones, ¿qué puedo decir? Usted no me conocía en “absoluto” y tampoco me necesitaba en absoluto. Siguiendo su argumento supongo que a usted le parecerá absolutamente bien que alguien cite su libro y que yo cite a esa persona y repita su tesis sin mencionarla. Bueno, eso es lo que yo llamo un trabajo investigativo exhaustivo y apegado a las reglas académicas... de Cuba, tal vez.

No importa si esas ideas ya estaban publicadas o si el argumento se construye de la misma forma. No. Por este camino, si hablamos de un punto de vista marxista o stalinista no hay que citar a nadie más que a Karl Marx y Joseph Stalin. Pedro Pablo Rodríguez no tiene que citar a Jorge Ibarra ni a Marinello. Y no importa que ninguno de estos autores (Lewis, Krotz, Dussel), como dice usted, “tal vez no hayan estudiado a Martí en concreto” (p. 10): Usted los puede citar de todas formas para no citar a los otros. Punto y aparte. El kit de la cosa, sin embargo, es que usted quiere mostrarse a sí misma como la reinventora de la rueda. Quiere ganar el Premio y tiene que decir que usted llegó a estas conclusiones primero que nadie a través de estos otros críticos.

Bueno, si eso la hace sentir bien la dejo con su argumento y su forma de entender la investigación. Como dije al inicio de mi primera carta, ésta no es la primera vez que usted ignora lo que se ha escrito antes sobre Martí. En su primer libro repite igualmente argumentos que se hicieron durante años en los Estados Unidos sobre la percepción machista del cubano, que usted recicla a través de lo que dijeron otros dos investigadores de la isla (Víctor Fowler y Susana Montero). Si los menciona a ellos ¿por qué tendría que mencionar a quienes lo dijeron antes en los Estados Unidos? ¿Para qué darle el crédito a alguien de este país “rubio”, donde como usted dice, hay tan buenos investigadores? Por algo lo sabrá...

Pero si usted se empeña en poner nuestra discusión en un plano político como hace con sus referencias a la “vindicación” y a “ese pueblo rubio”, yo le voy a explicar, en un plano político, su forma de proceder. En Cuba los “investigadores” tienen que crear ‘versiones’ de estos temas, y evitar por todos los medios de darles crédito a los cubanos que viven en el exilio. Así es como proliferan lecturas sosas, mediocres y cobardes de muchos de ellos. Así es como “muelen” ideas que se originaron fuera de la isla y se imaginan ustedes como una potencia cultural. Esto no lo digo yo, lo explica Rafael Rojas en su libro La máquina del olvido. Y por supuesto, como tampoco dejan ustedes que los exiliados publiquen sus ideas libremente en Cuba, como no las publicamos allí, ergo, ¡No existimos! ¡No nos tienen que citar!

Repito usted no ha demostrado que publicó estas ideas antes que yo. Su carta es una ensalada de frases y párrafos que en el mejor de los casos se aproximan de una forma muy convencional al tema. Y conste que en mi carta solamente le he criticado que repita las ideas que ya aparecieron en mis artículos. Realmente tendría que agregar que tampoco cita a otros investigadores que viven fuera de Cuba y que han escrito antes que usted sobre los negros y los indígenas. Ellos son verdaderamente los que han desmontado a Martí pieza por pieza. Usted sencillamente se monta en el último carro y por eso le dan el premio. Por ejemplo, no menciona usted ni a Francisco Morán, ni a Luis Duno Gottberg, ni a Enrique Patterson, ni a Eugène Edward Godfried y Presilia, ni a Larry Catá Backer o a José Robles para mencionar solo algunos. Tampoco dice cuando compara las “formulaciones muy semejantes” de Martí y Sarmiento (p. 197) que ya algunos de nosotros habíamos hablado del tema en el 2008 (buscar mi ensayo en Cuba encuentro) y que Emeterio Sontavenia fue el primero que abordó esta problemática nada menos que en 1938 (*Genio y acción: Sarmiento y Martí*). No. No lo dice. ¿Será porque Santovenia fue un exiliado y además, como dice Fernández Retamar fue “eximio representante y -ministro de Batista- en sus ratos de ocio”? Asimismo, cuando usted cita a Rafael Rojas omite además que la comparación que usted hace entre el Conde de Gobineau y Martí ya la había hecho él en su libro José Martí: la invención de Cuba (p. 115). Usted cita su opinión sobre otro aspecto en el mismo libro: la crítica a la modernidad (p. 148). De modo que tampoco era que no lo conocía. ¿Y para qué seguir? Esta

lista de “innombrables” puede extenderse ad infinitum, y su respuesta siempre será la misma “no [los] conozco en absoluto”. ¿Quiere que le demos de nuevo el beneficio de la duda?

Para concluir, entonces, porque ya veo que usted no puede explicarme nada, en mi carta abierta le pedí que me dijera dónde había utilizado usted antes que yo estos argumentos y usted no me ha respondido ni creo que pueda hacerlo. Gracias de todas formas por tratar.

A handwritten signature in black ink, appearing to be 'Jorge Camacho', with a long horizontal line extending to the right.

Sinceramente

Jorge Camacho

Prof. Asociado de literatura hispanoamericana y

Comparada de la Universidad de Carolina del Sur-Columbia.

PD: Le ruego que publique nuestro intercambio de cartas en Cuba para que nuestra discusión no quede como murmullo de pasillo y todos tengan acceso a este debate. Si no puede publicarlas en Cuba, dígame y las publicaremos en tierra de libertad.

Notas:

1. Camacho, Jorge. "Ver / imaginar al otro: el niño y el salvaje: la percepción del color en el modernismo y los discursos etnográficos." *Confluencia: Revista hispánica de cultura y literatura* 18. 2 (2003): 32-41.